

# EL RINCÓN DE VÍKTOR

Jueves, 03 de Mayo de 2012

## LA DECADENCIA DE NUESTRA DEMOCRACIA

De nuevo la fuerza de los acontecimientos me obliga a utilizar el único instrumento que tengo para valorar la realidad desde mi óptica, que puede ser válida o no, eficaz ya sé que no, pero que en última instancia, poco importa. Estamos asistiendo a una serie de acontecimientos que, cuanto menos, a mí me parecen preocupantes. Lo más preocupante y “peligroso” de todo: el enorme desgaste del sistema democrático español. Me parece lamentable cómo se está tirando por la borda todo el legado magnífico, maravilloso, de esos años de sonrisas y lágrimas, los que transcurrieron entre 1976 y 1982. Es indudable que nos encontramos inmersos en una etapa de revisionismo histórico. Y éste considero yo que puede ser bueno, y puede aportar cosas positivas. Pero no se puede hacer un revisionismo histórico radical, como creo que es el que se está haciendo. Y no solo me estoy refiriendo a la Guerra Civil, donde ya hay una batalla ideológica y política que lleva disputándose desde 2004. Nos estamos llevando por delante el enorme pacto que supuso que España, un país en donde los problemas se debatían a golpe de fusil, construyera un régimen de libertades democráticas sin pasar por las armas. Se tiene memoria histórica para lo que se quiere. Y eso es lo más hiriente para un historiador, lo más triste. Y como tal que soy, me molesta que muchos de los que han ido adquiriendo prestigio con magníficas obras, lo despilfarren por alistarse a la trincheras ideológica de turno, como ha hecho Paul Preston con *El holocausto español*, escrito con muy buenas intenciones, pero demasiado escorado hacia la izquierda, lo cual no era propio de él. Yo creía que había entendido lo que supuso la Guerra Civil para España. Ahora parece que le viene la amnesia ideológica. Lamentable. El revisionismo ha llegado hasta la Transición. Ahora ya se duda de que estemos en una democracia. Se duda del papel del Rey en todo el proceso. Y se olvidan de que, en 1978, el año en el que se aprobó la Constitución, uno de los pilares del país, como lo era el Ejército, era un ejército franquista, eran los vencedores de la guerra civil, y por lo tanto, estaban dispuestos a defender “su victoria”. La postura que la izquierda está adoptando en el sentido de que la transición fue un engaño, y que se pudo hacer de otra forma sin que hubiera estallado un conflicto civil es de una ingenuidad que raya lo estúpido. Yo soy de los que piensan que, si no conoces un tema, mejor no opines. A la izquierda le duele el fracaso histórico de la Segunda República. E intentan que les reescriban una *leyenda rosa*. Como novela histórica está muy bien, pero esa República se desmoronó por sus propios cimientos. Contraatacan al régimen actual, solo porque éste sí que ha triunfado. Aquella República no se pudo consolidar, sobre todo, porque había una ruptura social insalvable. Ésta democracia si se consolidó porque ya no había ruptura, había un nivel de vida alto, y no había tanta diferenciación social. Y se hicieron las cosas correctamente. Perfectas no porque la perfección humana no existe. No entiendo este intento de rescate que se le quiere hacer a aquel régimen republicano. No reflotemos un Titanic que se hundió hace más de ocho décadas. Aprendamos qué fue lo que ocurrió de verdad, sin sesgos ideológicos de ningún tipo, y apliquemos la lógica desde nuestro tiempo. Nadie va a resucitar a los muertos. Estos muertos son la mejor prueba de que aquél régimen fracasó. Recuperar la memoria histórica de los republicanos muertos, en mi opinión, no hace ningún favor a la República de 1931. Antes al contrario. Es una prueba más del abismo hacia el que se dirigió sin remisión.

La propaganda republicana es tan fuerte que he llegado a comprobar como personas que pertenecen a mi generación se empeñan en defender la Segunda República como si les fuera la vida en ello. Es ilógico y estúpido. Nadie de mi generación, ni de la de nuestros padres, vivieron en aquellos fatídicos años. No tienen ningún tipo de validez sus argumentos. Porque además, tienen argumentos ciegos, llenos de odio soterrado. Incomprensibles. Vuelvo a reiterarlo: para defender aquel régimen atacan al actual. El actual ha triunfado, el de hace ochenta años no. Esa es la diferencia. Me da igual que se venden los ojos, o se tapen los oídos. La verdad histórica está ahí. Yo creo que les fastidia que los españoles, sin declararse monárquicos, prefieran la Monarquía Constitucional frente la Tercera República. Son poco inteligentes si mantienen los argumentos actuales. Porque se les ve el plumero. Y el recuerdo de los acontecimientos de los años treinta, a pesar de haber transcurrido ya ocho décadas, sigue estando reciente, y por lo tanto, presente.

Sin embargo, es evidente que estamos asistiendo a un deterioro cada vez más acusado de las instituciones actuales, y por lo tanto, del régimen actual. El régimen español es un régimen de partidos, con un sistema democrático moderado, propio de la época de la Guerra Fría. Esto quiere decir que no es una democracia radical como lo es Suiza o lo es Estados Unidos. En España no hay división de poderes, hay división de funciones. Aunque suene feo, a veces la realidad lo es: en el segundo Franquismo (1959-1975) también había división de funciones. Con Franco, el mismo partido asumía todas las funciones de Gobierno: el ejecutivo, el legislativo y el judicial. En el régimen de partidos de 1978, éstos asumen esas mismas funciones. La clave se encuentra en el sistema electoral: el sistema proporcional sancionado por la Ley D’Hont. Es curioso que ese mismo sistema le otorgara a Mussolini todo el poder en Italia con el 30 por ciento del total de votos en 1925. O que a Hitler le valiera para asaltar el poder en 1933 de igual manera. La consecuencia final es que el poder queda restringido a un grupo pequeño de partidos. En el caso español, a dos. Y son quienes controlan todos los resortes del poder. Y por tanto, sus funciones. El sistema electoral utópico, el que garantizaría una democracia real, radical, pura, es el de representación directa. Para ello, debería dividirse a la población (y no al territorio) en grupos de no más de 100000 electores, para elegir a un solo candidato, que los representaría en el parlamento nacional con mandato imperativo, es decir, con la obligación de defender los intereses y los puntos del programa del distrito (y no de otros distritos, y ni mucho menos, de índole exterior). Es así como funciona Suiza, y así funciona Estados Unidos. Y eligen los tres poderes: Jefe de Estado y jefe de gobierno (ejecutivo); representantes en la asamblea por distritos unipersonales (legislativo), y jueces o sheriffs (judicial-policial). El jefe del Estado es jefe de gobierno en algunos casos, como Estados Unidos. En Suiza es una figura simbólica. En cualquier caso, el jefe de Gobierno, y ningún miembro del gobierno se sienta en el parlamento, sede del legislativo. El jefe de Gobierno puede actuar con autonomía respecto al parlamento, e incluso retrasar la aprobación de leyes, etc., pero por ejemplo en Estados Unidos, solo va al Congreso una vez al año, y para dar un discurso oficial, no para defender una ley. En esto consiste la separación del legislativo

y del ejecutivo. En España, el Gobierno tiene una bancada azul en el Congreso, y tanto el presidente como cualquier ministro pueden intervenir. Para hacer una pantomima, porque controla al partido que lo apoya, con lo cual, el debate es falso. Luego cuando nos llegan noticias de que en Estados Unidos o en Inglaterra miembros del partido del gobierno votan en contra de propuestas de ley de su propio gobierno nos escandalizamos. Pero claro, lo que no sabemos es que eso es precisamente la democracia. Y no el engendro que existe en los regímenes de partidos, donde en unas elecciones elegimos ejecutivo, legislativo y judicial. Todo junto. Porque en España, ¿cuándo hemos elegido democráticamente a un juez, o al juez supremo? Está impuesto por el partido del gobierno. El partido que gana las elecciones controla todas las funciones de gobierno, como lo hacía Franco con su partido. Aun así, es una democracia. Pero es obvio que necesita un retoque.

Yo no soy monárquico. Lo declaro por enésima vez. Pero siendo historiador, tengo más argumentos para defender la Monarquía parlamentaria o democrática, que para defender la República como forma de Gobierno. Y esgrimiré el argumento que ya esgrimí hace unos años en esta misma web. En España la República es sinónimo de fracaso. Y lo es porque la Jefatura del Estado, la cabeza del país, necesita reunir una serie de cualidades y condiciones que en nuestro país solo pueden reunir los reyes. El jefe del Estado debe ser apartidista, no debe tener ideología, o por lo menos, no la debe profesar en público. Es decir, debe ser absolutamente neutral, y debe estar comprometido únicamente con los intereses generales del país. Es una figura de unidad. Los presidentes de República no cumplen estas condiciones: tienen ideología, no son neutrales, y puede que los intereses generales no concuerden con los suyos o los de su partido. Ésa es la semilla del mal. Las luchas políticas son enormes. En países donde la República no fue un fracaso y está consolidada, esta mentalidad es diferente. Y existen mecanismos para sacar del poder a quienes el pueblo considere, ya sea jefe de Estado, presidente de gobierno, etc. Uno de los motivos del fracaso de la República fue la pérdida de prestigio de la jefatura del Estado: el presidente Alcalá-Zamora tomó partido primero por la izquierda y luego por la derecha; y más tarde Azaña, por el Frente Popular de las izquierdas. En 1873, los altos mandos del Ejército, que habían jurado lealtad al Rey Amadeo, tenían dificultades para jurar lealtad a la República porque no veían una cabeza, un líder claro. La jefatura del Estado puede provocar una ruptura de poderes, de consecuencias incalculables. Por eso lo más recomendable es aunar a la jefatura a una figura neutral, con la que todos o la mayoría se sientan cómodos. En el caso del Rey, solo sanciona las leyes, pero no interviene en ningún tipo de decisión legislativa, ni ejecutiva ni judicial (al menos hasta donde sabemos, y voy a pecar de ingenuo por ahora).

El problema, tras los últimos acontecimientos para la Monarquía, es que, efectivamente, siendo el Jefe del Estado neutral, éste tiene que ganarse una imagen, un prestigio y guardar unas formas acordes con su posición. Además, en una Monarquía, la Jefatura del Estado es la única que no se somete a proceso electoral (solo puede ser sometida a través de un referéndum que, o bien modificara el papel del Rey, o bien, cambiara el Régimen). Por eso, el Rey debe ganarse el puesto día a día. Su campaña electoral es continua. Por eso es muy difícil reinar sin gobernar. En la monarquía democrática, el Rey tiene ciudadanos a los que servir, y no súbditos como en el Antiguo Régimen. Los españoles dejamos de ser súbditos en 1812 (la chica que se encaró con el Príncipe y cuyo vídeo está en Youtube parece que no se ha enterado todavía de que la Soberanía es Popular, es decir, el poder está en las manos del pueblo, y no es Soberanía Real, con el poder en manos del monarca). El Rey, por tanto, como no puede ser elegido ni reprobado, tiene que ser ejemplar. Ejemplar en su vida personal, pública y privada. Durante los últimos meses estamos asistiendo a dos acontecimientos paralelos pero distintos en mi opinión. Uno es la evidente pérdida de prestigio de la Familia Real española, sobre todo por el escándalo de corrupción del yerno del Rey, Urdangarín, pero luego con el añadido del accidente de caza del nieto Froilán, y sobre todo, con el accidente de él mismo en Botsuana, en un safari de lujo mientras tumbaba elefantes. Y todo esto en el peor momento que está viviendo España económicamente quizás desde la posguerra (desde el punto de vista de la deuda externa). La ejemplaridad en este caso se ha hecho trizas en dos semanas. Y aunque el Rey ha pedido perdón, cosa que le honra y le agranda como figura fundamental de nuestra Historia, sin embargo, las críticas siguen siendo feroces. Nadie se ha parado a pensar que en esas cacerías, el Rey consigue importantes contratos para las multinacionales españolas en el extranjero, como el famoso AVE de La Meca. Pero es natural que un país en grave declive económico, y lo peor de todo, con un panorama desolador, la gente proteste con fuerza ante estos hechos. Si la situación económica fuera otra, el Rey hubiera perdido prestigio pero lo hubiera afrontado de forma distinta. Ahora mismo, la institución está bajo mínimos. Ya veremos las consecuencias futuras, porque la factura se terminará cobrando. El Príncipe es el peor parado de todo esto. El otro acontecimiento se entronca con la primera parte de este artículo, y es la operación de acoso y derribo de la monarquía española, para hacer llegar la Tercera República. Sobre esto ya está todo dicho anteriormente en este escrito.

Por último, quiero mencionar aquí el hecho de que, no sé si somos conscientes, pero estamos entrando en una dinámica que pinta muy mal. La democracia se está desgastando a pasos agigantados. Las crisis económicas de largo recorrido suelen tener, como una de sus consecuencias, drásticos (por no poner dramáticos) cambios políticos. El cáncer del régimen de partidos actual es precisamente uno de sus peligros más temidos: la corrupción. Es lógico. Como ya hemos expresado, en un régimen de partidos, ellos controlan todo el poder, por lo tanto, controlan todos los resquicios de ese poder para poder lucrarse. Todos los partidos están en el moje de la corrupción. No sé si alguien se ha dado cuenta, pero la crisis en gran medida se explica por la corrupción: favores a bancos, recalificación de terrenos, hinchar los presupuestos para la construcción de edificios públicos, subvencionar no sé qué programa a cambio de condonación de deudas, etc.... ¿Está en peligro nuestro régimen con todo lo bueno y lo malo que pueda tener? Sin ninguna duda. A día de hoy somos (yo uno más) unos 5,6 millones de parados. Si a eso le sumamos que tendremos una recesión del 1.5% aproximadamente, con un déficit que se tiene que reducir en un 3.5% en un año (no conozco gobierno capaz de hacerlo en estas circunstancias), y con una drástica reducción de la inversión pública (lo que en su día hizo el presidente Hoover en los Estados Unidos, agravando las consecuencias del crack de 1929), estamos más cerca del abismo de lo que nos hacen creer. Evidentemente, el sistema de partidos hace aguas. El PP-PSOE, en mi opinión va a salir muy mal parado de todo esto, puesto que ellos han controlado todo el poder alternativamente. La herencia recibida, por supuesto, es la de Zapatero, pero también lo es la de Aznar, y la de González, y la de Calvo Sotelo, y la de Suárez, y la de Franco... No es un argumento válido. Es el único que esgrimen los defensores del régimen de partidos. Pero la gente ya no cree en nada. Espero que esto evolucione positivamente, pero por hoy, digo que seguramente, va a ir a peor. A mucho peor. Cada día está más claro que nadie tiene una solución mágica. Y está más claro que no la hay porque el sistema se va agotando cada vez más. Eso tiene un nombre: DECADENCIA.

Un saludo a todos. Víktor. 1-5-2012.